

PROCESO EDUCATIVO DE LA LIBERTAD

LA LIBERTAD DEL HOMBRE ES UNA IMPERFECCIÓN DE SU NATURALEZA RACIONAL.

La inteligencia humana, aunque potencia racional, se halla cons-
treñida a una actividad sobre la que gravita insoslayablemente el
peso de la materia. El hombre, compuesto de alma y cuerpo, sus-
tancialmente unidos, no es capaz de operaciones que independien-
tamente afecten a uno solo de esos dos elementos. Por eso, para cap-
tar el entendimiento, su objeto formal, el ser, no tiene más remedio
que conocerlo a través de los sentidos. Despojándolo de sus notas
materiales, lo hace proporcionado a su naturaleza espiritual, extra-
yendo de lo concreto lo universal y abstracto. Pero el objeto supremo
de la actividad intelectual, el ser o verdad infinitos que trasciende
los seres concretos, comprende toda realidad esencial, el ser de Dios
conocido con una aprehensión perfecta. Sin embargo, la inteligencia
no prescinde, ni siquiera frente a ese Ser, de su dualidad de conoci-
miento, y si es capaz de llegar a la afirmación de la existencia de
Dios por conexión causal, sólo alcanza su esencia, analógicamente,
mediante conceptos abstractos elaborados partiendo de su objeto for-
mal propio.

Esa desproporción de la inteligencia humana, hecha para captar
el Ser o Verdad suprema, Dios, y al mismo tiempo incapaz de apre-
henderle intuitivamente, repercute sobre la voluntad, cuyo máximo
bien es Dios; pero forzada a no seguir sino el bien que la intelligen-
cia le brinda, no siendo ésta capaz de mostrarle directamente al
Bien infinito que apetece, le impone su misma duplicidad, imper-
fección ineludible al compuesto alma-cuerpo del ser humano, que
no afecta ciertamente al último fin, sino al modo que tiene la vo-
luntad de alcanzarlo.

Por un lado, esta potencia tiende al Bien infinito de Dios; pero presionada por la cualidad cognoscitiva de la inteligencia, lo apetece abstractamente considerado, bajo la noción de bien en sí o felicidad y lo busca en un objeto individual determinado. El último fin se ofrece a la voluntad bajo ese doble aspecto: como bien en sí o felicidad abstractamente considerado (objeto formal), y como realización de aquel bien en un bien concreto.

Si la inteligencia fuese capaz de conocer intuitivamente la esencia de Dios, la voluntad lo amaría necesariamente, sin que le fuese posible dejar de apetererlo. Es que la voluntad busca la felicidad, su objeto formal primario, con apetito natural. Esa felicidad o bien en sí constituye a manera de fondo sobre el cual se dibujan todas las formas de bien consiguientes al conocimiento intelectual, hacia las que se dirige la potencia volitiva con apetito elicito. La actividad voluntaria se desenvuelve siempre dentro de la órbita del bien. De ahí que no le sea posible apetercer nada sino bajo la razón formal del bien.

No obstante, mientras se dirige necesariamente al Bien infinito, la verdadera felicidad, Dios, tiende a los bienes concretos puestos a su alcance por el conocimiento intelectual, e incluso al mismo Bien supremo captado sólo analógicamente por aquella facultad, sin sentir agotada su potencia apetitiva de insondable grandeza, porque solamente Dios la puede llenar, y al experimentar la insatisfacción del vacío que en ella dejan los bienes finitos y la posibilidad de hallar otros bienes capaces de llenarla más, queda suspensa y se abstiene, pudiendo entonces querer o no querer los que se le brindan. Y como la voluntad busca su último fin, el Bien infinito, a través de los bienes concretos, que no son sino una participación de aquel Bien, al no quedar plenamente satisfecha con éstos, se conduce libremente, queriéndolos o no, eligiendo entre dos o más igualmente apetercibles o contradictorios, incluso siendo libre para amar o aborrecer el mismo objeto.

La libertad de la voluntad es así fruto de su misma imperfección: ha sido hecha para amar al Bien infinito, y al no ser capaz de aprehenderle en su propia esencia, apetece los bienes que conoce, quedando insatisfecha de ellos, lo que la induce a elegir el que juzga mejor.

Pero esa opción la conserva también frente al mismo Bien infinito no conocido directamente, sino por abstracción de las perfecciones de los seres materiales y negación de sus imperfecciones; y al no estar necesariamente atraída por Dios, conocido inteligiblemente a través de los seres creados, tiene la triste y desdichada libertad de

poderlo rechazar también, posponiéndolo a cualquier bien finito, incluso a aquellos tras los cuales puede esconderse su infelicidad eterna.

AL MISMO TIEMPO, CONSTITUYE LA LIBERTAD
LA MAYOR GLORIA DEL HOMBRE.

Todos los seres creados tienden a la realización del último fin necesariamente, sin posibles desviaciones. Lo cumplen ciega y fatalmente. No así el hombre. Dotado de inteligencia espiritual, es capaz de conocer su fin. A la vez, tiene libertad para dirigirse a él o contrariarlo. Esto, que entraña una imperfección, porque sus facultades espirituales no son capaces de llevarlo indefectiblemente a su destino final, supone a la vez una gloria; pues lo que a las demás criaturas se les da sin pena ni mérito, él lo conquista empeñando en la empresa su capacidad, cuanto es y cuanto vale. No llega a la meta ciegamente, ni siquiera sabiendo que forzosamente la ha de alcanzar: su adquisición es verdadera conquista, desenlace feliz de un esfuerzo perseverante y animoso, recompensa de un trabajo difícil. El hombre cumple su destino queriéndolo libremente cumplir y salvando los obstáculos que halla durante el recorrido. Y como si flaquea o se lanza por caminos errados, se extravía definitivamente, y ambas cosas dependen exclusivamente de él, si lo conquista, *merece* y gana como premio la posesión del Bien sumo, felicidad eterna, último fin.

En esto estriba la grandeza de la libertad humana: en que por ella, mediante su ejercicio, el hombre se hace acreedor al glorioso destino que Dios le ha preparado.

No se le da ese destino gratuitamente. Dios le ha puesto un precio: el de su libre cooperación. Claro está que ese precio siempre supera los merecimientos humanos; pero no resulta menos cierto que sin la cooperación del hombre, Dios no le concederá el premio prometido, por lo que dicha cooperación resulta imprescindible y necesaria.

¡Grandeza cuajada de peligros! Por todas partes surgen barreras que la coartan, obstáculos que la detienen. Y no usa de su libertad el hombre con desembarazo: para emplearla rectamente tiene que entregarse a una lucha perseverante y enojosa, que ha de encontrarlo convenientemente preparado. El buen uso de la libertad requiere una especial disposición, a la cual se llega a través de difícil entrenamiento. Disposición que se plasma en hábitos virtuosos. Entrena-

miento que exige una disciplina interior, verdadera ascesis de la voluntad. Ambos objetivos corresponde llenarlos a la educación.

EL HOMBRE NO SABE HACER SIEMPRE BUEN USO
DE SU LIBERTAD.

La voluntad tiene *libertad de ejercicio* o *de contradicción*, obrar o no obrar, querer o no querer; *libertad de especificación*, que le permite elegir entre varios bienes, ejecutar un acto u otro; *libertad de contrariedad*, amando u odiando el mismo objeto, realizando un acto bueno o malo.

La voluntad es libre con libertad de ejercicio para todos los bienes, incluso para el último fin o felicidad; y lo es con libertad de especificación y de contrariedad en relación a los bienes determinados; mas no en cuanto a su objeto formal, bien en sí o felicidad. Resultando que la libertad de ejercicio no encuentra dique sobre la tierra: solamente podría anularla la visión intuitiva de Dios. Hacia Él la voluntad tendería con movimiento irresistible. En cambio, la libertad de especificación no tiene razón de libertad frente a la felicidad o último fin y de los medios que a él conducen, porque necesariamente ha de amarlos. Se refiere únicamente a mera elección de bienes o de actos, propuestos por el entendimiento como capaces de ofrecerle alguna felicidad.

Respecto a la libertad de contrariedad, es preciso convenir en que la voluntad no es libre para abrazar el mal, y lo apetece sólo bajo la razón de bien. Bien aparente: se realiza como tal en facultades no racionales; pero al fin y al cabo, un bien, aunque traidoramente esconda el mal.

¿Sabe el hombre hacer uso de su libertad? ¿Sabe siquiera conservarla? ¿No la hipoteca con harta fragilidad mediante claudicaciones indignas? ¿La estima acaso como preciado resorte que puede abrirle las puertas del deseado paraíso, la felicidad hacia la que se siente llamado con indomable vocación?

Sobre esa nobilísima potencia que es la voluntad, gravitan oprobiosos yugos, coaccionándola y oprimiéndola. Son los malos hábitos, los vicios y las pasiones, sus peores enemigos. Sin tregua obran sobre el entendimiento para falsear sus juicios y forzarlo a mostrar a la voluntad atractivos fingidos, méritos aparentes, bienes irreales. La voluntad, no siempre alerta y muchas veces adormecida por halagos que la movilizan, se deja cautivar sin lucha o tras efímera resistencia y se abstiene de obrar el bien debido, llegando a no querer

aquello que le ofrece la verdadera felicidad; y escoge lo más fácil, lo más seductor, sin realizar el penoso esfuerzo de una negativa portadora de verdadero triunfo. A veces también se abrasa con lo pernicioso, con lo francamente repudiable, con lo nocivo, aun a sabiendas de que lo es, pero sobreestimando la deslumbradora perspectiva de goces cuya certidumbre y proximidad apaciguan el destello luminoso, pero distante, del gozo eterno.

Sobre el recto uso de la libertad se ciernen, además, dos enemigos nefastos: la radical ignorancia del entendimiento sometido en sus operaciones al lastre de la materia y la debilidad de la voluntad, capaz de moverse por bienes opuestos a su objeto formal.

FASES DEL PROCESO EDUCATIVO DE LA LIBERTAD.

Por todas partes se alzan barreras que cohiben la libertad del hombre, incluso dentro de él mismo. De ahí que no le sea posible usar de ella con desembarazo, sino que ha de sostener constante forcejeo para mantenerse en la línea recta de su deber.

Solamente en el caso de una asistencia especial de Dios, es posible el uso perfecto de la libertad. Los santos han logrado acercarse a ella con el auxilio de la gracia, avanzando seguros por el sendero que conduce al último fin, con un avanzar meritorio que desprecia y rechaza cuanto es indiferente o contrario a Dios. Sin dicho auxilio extraordinario, el hombre fluctúa, yerra, se levanta, retrocede y está siempre expuesto a claudicar, a sentirse vencido y derrotado. No obstante, cabe, dentro de esa natural inestabilidad, una gradación que llegue casi a dominarla. Hay, indiscutiblemente, individuos que no saben hacer uso de su libertad, que ni siquiera la estiman por ignorancia, por apatía, por debilidad. Otros la ponen en juego dentro de ciertos límites, pasados los cuales renuncian a ella y se entregan cobardemente a las apetencias que los solicitan. La inmensa mayoría de los que viven en ambientes civilizados, rinden culto a una libertad que no lo es; habiéndola erigido algunos en verdadera utopía. Pocos son los que tienen conciencia clara de este problema.

Hay, por tanto, un vicio de origen que desvirtúa el uso de la libertad, y este vicio radica en la falta de ilustración por parte de quienes han de aprovecharse de la misma libertad para coronar felizmente la meta de lo transitorio. De ahí que el primer paso que inicia el proceso educativo de la libertad se cifra en la ilustración del entendimiento, haciéndolo consciente de sus actos, del fin hacia

el cual está obligado a dirigirlos y discerniendo los medios más idóneos para alcanzar ese fin.

Primera etapa ésta del proceso educativo de la libertad. Es una fase intelectual. Educación intelectual, con todas las modalidades que se le pueden adjudicar: educación formal y material. Desenvolvimiento de la facultad intelectual, perfeccionándola; pero también ilustración de esa misma facultad, dotándola de aquellos conocimientos que la iluminan y le permiten caminar sin vacilaciones ni dudas. Que la inteligencia sea capaz de apoderarse de cuantas verdades le precisa poseer; pero también que disponga de un caudal básico de esas mismas verdades, sobre el cual le resulta factible apoyar no sólo sus futuras conquistas, sino más que nada que le valga en cada momento de firme punto de referencia para establecer con acierto sus resoluciones.

Es decir: que la educación intelectual se convierte en el soporte primario ineludible de toda educación de la libertad.

No basta, sin embargo, que la inteligencia conozca; es preciso también que la voluntad acepte su fallo, negándose al avasallador influjo de las pasiones y de los hábitos viciosos. Equilibrio que se conquista mediante la disciplina interior y la formación de hábitos buenos; segunda y tercera fase del proceso educativo de la libertad.

La disciplina interior se alcanza por la negación sistemática de todo cuanto pueda poner en peligro el libre juego de la voluntad. Negación sistemática que no implica forzosamente un aniquilamiento de la personalidad, como pretenden los enemigos de la ascesis del alma. Que el hombre intente sobreponerse a sus inclinaciones naturales cuando éstas quieran arrastrarlo por caminos de oprobio, no supone que a través de su lucha para alcanzarlo obre la mutilación de su ser. Destruirá únicamente aquello que lo constriñe y coarta, desfigurando su verdadera personalidad.

Se dice ciertamente que para buscar ese equilibrio, a que tan pocos llegan, se impone no sólo la desviación de lo francamente pernicioso: es preciso también eliminar ciertos gustos, determinadas apetencias, hábitos tales, que sin entrañar en sí mismos causas abominables, porque de suyo son indiferentes, alimentados, permitidos, acariciados, adquieren proporciones desorbitadas capaces de alterar el equilibrio moral, arrastrando después a la caída. Hay que combatir también esas tendencias, con determinación de reducirlas e incluso eliminarlas totalmente, si fuere necesario.

¿Se preconiza entonces un estrechamiento de inclinaciones naturales tan riguroso que haga de cada hombre un ser totalmente distinto al que libre de coacciones se manifestaría? He ahí el nudo del

problema. El acierto está en llegar al límite preciso y no sobrepasarlo.

¿Quién fijará ese límite clave? En primer lugar, el sujeto interesado. Luego, éste y las colaboraciones ajenas a él, que le sean indispensables. Muchas veces el individuo se desorienta porque sus juicios no son claros o porque tras ellos afloran otras razones falsamente teñidas de verdad. No ha de darse por vencido entonces. A su alcance tiene numerosos medios que le ayudarán a triunfar. Es, ante todo, la oración, quien lo aparta de falsas apariencias y lo enlaza justamente al luminoso rayo de la única Verdad, Dios, que en ella infunde aliento y esclarece las situaciones más confusas. Es, por añadidura, el consejo prudente del hombre que no tiene en cuenta sino el bien de las almas, medido a la diáfana claridad de su salvación eterna. Es la gracia santificante vivificando y fortaleciendo, alcanzadas a través de los Sacramentos.

El límite discreto y justo, no es así difícil fijarlo. Lo arduo está en respetar ese límite. Detenerse sin alcanzarlo equivale a hacer estériles los esfuerzos que aproximaron a él. Desbordarlo supone limar recursos naturales que deben mantenerse incólumes; desfigurar la propia fisonomía espiritual; restarle rasgos característicos estimables; hacerla osca, dura, desagradable, entumecida, triste. La santidad, verdadera meta de autodomínio y perfección, no forja seres encogidos, desdeñosos, desapacibles. Nada tan alegre, tan lleno de sentido y de cualidades amables como ella.

La disciplina interior no es otra cosa que una lealtad permanente para no dejarse sorprender y un diligente lanzarse a la ofensiva si se advierte que no basta la defensa frente a los embates que imponen riesgo de claudicación. Si a pesar de todo sobreviene la caída, no han de faltar arrestos para levantarse nuevamente y comenzar otra vez, llorando la afrenta de la derrota. La voluntad ha de permanecer en constante vigilia y siempre dispuesta para la acción.

Segunda etapa ésta de la educación de la libertad.

Semejante esfuerzo comporta un desgaste penoso. El alivio y la ayuda necesaria se lo dan a la libertad los hábitos buenos, las virtudes. Merced a ellas, lo que había de costarle lucha difícil, lo hace sin violencia, con naturalidad. Merced a ellas también, se desenvuelve con holgura y rechaza más eficazmente lo que se opone a la conquista de la verdadera felicidad. Bajo la certera luz del entendimiento, ilustrado convenientemente, elige siempre lo mejor y no se deja cautivar por aparentes y mentidos atractivos.

Pero los hábitos buenos son, en definitiva, la feliz concreción de los esfuerzos desarrollados para alcanzar la disciplina interior. De

forma que ésta no es nunca infructuosa: se plasma y se sobrevive en la magia de esos resortes maravillosos que son las virtudes.

He ahí la tercera y definitiva fase o etapa de este proceso admirable que pone en manos del hombre lo que siendo una imperfección de su naturaleza racional, es, al mismo tiempo, el mayor timbre de gloria que Dios le ha otorgado: su libertad. Las virtudes son indispensables al hombre para que haga de la libertad el uso debido.

FRANCISCA MONTILLA.